

## CAPÍTULO XVIII

*Arenga de Escipión a sus tropas. – Batalla del Tesino. – Traición de los galos que militaban bajo las banderas romanas. – Paso del Trebia por Escipión y pérdida de su retaguardia.*

Mientras tanto (año -219), P. Cornelio había ya vadeado el Po y, decidido a pasar adelante, había ordenado a los peritos tender un puente sobre el Tesino. Después reunió las restantes tropas y les hizo su arenga. Se extendió mucho sobre la majestad de Roma y hechos de sus mayores; pero atento al caso presente, dijo: «Que aun cuando no hubiesen ensayado jamás sus fuerzas hasta el presente contra enemigo alguno, el saber sólo que las habían de emplear contra los cartagineses debía asegurarles la esperanza de la victoria; que era una cosa indigna e intolerable que unos hombres tantas veces vencidos por los romanos, sus tributarios por tantos años y habituados ya casi a servirles por tanto tiempo, tuviesen la avilantez de levantar la vista contra sus señores. Pero cuando, prescindiendo de lo dicho, tenemos la reciente prueba de que el presente enemigo ni aun mirarnos sólo se atreve a la cara, ¿qué juicio deberemos formar para adelante, si lo reflexionamos con cuidado? El choque de la caballería núpida con la nuestra junto al Ródano les salió mal, pues, muertos muchos, tuvo el resto que huir vergonzosamente

hasta su campo. El general y todo su ejército, al saber la llegada de nuestras legiones, hizo una retirada a manera de huida, y el miedo le obligó contra su voluntad a tomar el camino de los Alpes. Es cierto que Aníbal se halla ahora en Italia, pero con pérdida de la mayor parte del ejército, y la restante sin fuerzas e inutilizada con tantos trabajos. De igual modo la mayor parte de los caballos ha muerto, y el reto, por la longitud y malos pasos del camino, será de ningún provecho». Con estas razones procuraba persuadirlos a que, para vencer, sólo necesitaban presentarse al enemigo, pero que su principal confianza la debían depositar en que se hallaba presente su persona. Pues nunca él, abandonados la escuadra y los negocios de España a que había sido enviado, hubiera venido acá con tanta diligencia si razones poderosas no le hubieran persuadido de que era necesaria para la salud de su patria esta jornada y que en ella estaba segura la victoria. La autoridad del que hablaba y verdad de lo que decía infundieron ánimo en la tropa para el combate. Entonces el cónsul, aceptando su buen deseo, les exhortó estuviesen prontos a recibir sus órdenes, y despidió la junta.

Al día siguiente marcharon los dos generales a lo largo del Tesino por la parte que mira a los Alpes, teniendo el romano el río a su izquierda y el cartaginés a su derecha. Al segundo día, habiendo sabido uno y otro por sus forrajeadores que el enemigo se hallaba cerca, acamparon e hicieron alto. Al otro día, Aníbal con la caballería y Escipión con la suya y los flecheros de a pie batieron la campaña, deseosos cada uno de reconocer las fuerzas del contrario. Apenas el polvo que se levantó dio a conocer la proximidad del enemigo, cada uno por su parte se formó en batalla. Escipión hizo avanzar los flecheros con la caballería gala y, situados de frente los restantes, avanzaron a lento paso. Aníbal, con la caballería de freno y todo lo que había en ella de más fuerte, formó su primera línea, cubrió sus alas con la núpida para rodear al enemigo y salió al encuentro. Ansiosos por pelear unos y otros, jefes y caballeros, el primer choque se dispuso de manera que los flecheros, apenas hubieron disparado sus primeros dardos, asombrados con el ímpetu del enemigo y temerosos de que no les atropellase la caballería que les venía encima, retrocedieron al instante y echaron a huir por los intervalos de sus propios escuadrones. Los que componían el centro vinieron mutuamente a las manos y sostuvieron por largo tiempo igual la balanza del combate. La batalla era al mismo tiempo de caballería e infantería, porque muchos en la acción echaron pie a tierra. Pero luego que los núpidas rodearon y atacaron al enemigo por la espalda, los flecheros de a pie que anteriormente habían evitado el choque de la caballería fueron atropellados por la multitud e ímpetu de sus caballos. La vanguardia romana, que desde el principio peleaba con el centro cartaginés, viéndose invadida por detrás por los núpidas, tuvo que desamparar el puesto. Una gran parte de romanos quedó sobre el campo, pero fue mayor aún la de los cartagineses. Muchos de aquéllos emprendieron una huida precipitada, algunos se unieron con el cónsul.

Escipión inmediatamente levantó el campo y atravesó las llanuras hasta el puente del Po, con el anhelo de hacer pasar prontamente sus legiones. Tomó partido de poner sus tropas a cubierto, a la vista de ser el país tan llano, el enemigo superior en caballería y hallarse él gravemente herido. Aníbal creyó por algún tiempo que las legiones de a pie reanudarían el combate; pero advirtiendo que habían salido del campamento, las siguió hasta el río. Allí, como encontrase

desunidas la mayor parte de las tablas del puente y un cuerpo de seiscientos hombres que había quedado para su custodia, los hizo prisioneros y, con la noticia que le dieron de que los demás estaban ya muy lejos, retrocedió y tomó el camino opuesto a lo largo del río, con el deseo de encontrar un lugar apropiado para tenderle un puente. Luego de dos días de marcha, hizo uno de barcas, y encargó a Asdrúbal el paso de las tropas. Él pasó poco después y dio audiencia a los embajadores que habían venido de los pueblos próximos. Pues con la victoria que había ganado, todos los galos de la comarca anhelaban ganar su confianza según su primer propósito, proveerle de municiones y militar bajo sus banderas. Recibidos que fueron éstos con agrado, y pasadas sus tropas a esta parte, caminó río abajo haciendo una marcha opuesta a la anterior, con el deseo de alcanzar al enemigo. Escipión, después de atravesado el Po, había acampado alrededor de Placencia, colonia romana. Allí se había detenido para curar su herida y las de sus soldados, creyéndose seguro de todo insulto. Entre tanto, Aníbal, al segundo día de haber pasado el río, alcanzó a los enemigos y al tercero formó a su vista el ejército en batalla. Pero viendo que nadie se le presentaba, se atrincheró a cincuenta estadios de distancia.

Entonces los galos que militaban bajo las banderas romanas, al ver la mayor prosperidad de los cartagineses, mancomunados entre sí, acecharon la ocasión de atacar a los romanos sin salir cada uno de su tienda. Luego de haber cenado y haberse recogido dentro del campamento, dejaron pasar la mayor parte de la noche. Pero cerca de la madrugada toman las armas hasta dos mil de a pie y poco menos de doscientos de a caballo, dan sobre el campo de los romanos, que se hallaba próximo, matan muchos, hieren a no pocos y, por último, cortadas las cabezas de los muertos, marchan con ellas a los cartagineses. Aníbal recibió su llegada con agrado, los colmó de elogios por de pronto, les prometió premios correspondientes a cada uno para el futuro y los envió a sus ciudades para que informasen a sus ciudadanos de lo hasta allí obrado y los exhortasen a contraer con él alianza. Era preciso que todos por necesidad abrazasen el partido de Aníbal, a la vista del insulto cometido por sus conciudadanos contra los romanos. Efectivamente, vinieron, y con ellos los boyos, que le entregaron los tres personajes enviados por los romanos para la división de las tierras, de quienes se habían apoderado contra todo derecho al iniciarse la guerra, como hemos indicado anteriormente. Aníbal aplaudió su buen afecto, les dio testimonios de amistad y alianza, y les devolvió los tres romanos, advirtiéndoles los custodiasen para canjear por ellos sus rehenes, como al principio habían pensado.

Mucho afligió a Escipión la traición de los galos y, no dudando que enajenados de antemano sus ánimos contra los romanos se pasarían con este hecho todos los de la comarca al partido de los cartagineses, decidió poner remedio para el futuro. Por lo cual, llegada la noche, levantó el campo al amanecer, y tomó el camino hacia el río Trebia y eminencias a él inmediatas, para afianzar su seguridad en la fortaleza de aquel terreno y vecindad de sus aliados. Pero apenas advirtió Aníbal su traslado, destaca prontamente en su seguimiento la caballería nómida, y poco después la restante, siguiendo él detrás con todo el ejército. Los nómidas encontraron desierto el campamento romano y le prendieron fuego. Esto tuvo mucha cuenta a los romanos; como que si los hubieran perseguido los nómidas sin dete-

nerse, habrían alcanzado los bagajes y hubieran dado muerte a muchos romanos en aquellas llanuras. Pero llegaron cuando ya los más habían pasado el Trebia. Sólo faltaba la retaguardia, y de ésta una parte fue muerta y otra hecha prisionera. Escipión, pasado el Trebia, sentó sus reales en las primeras colinas, y fortificado su campo con foso y trinchera, mientras aguardaba a Sempronio y las legiones que con él venían, curaba su herida con cuidado, deseoso de tener parte en el futuro combate. Aníbal sentó su campo a cuarenta estadios de distancia del enemigo. Allí, los galos que habitaban aquellas campiñas, alentados con los progresos de los cartagineses, proveían abundantemente de víveres al ejército, y en toda acción o peligro los hallaba Aníbal por compañeros.